

Lenguaje irrelevante y metafórico en el autismo infantil temprano

Leo Kanner (Traducción de Nora Cecilia Carbone^{1*} y Gastón Pablo Piazzze¹)

¹Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata (UNLP, Argentina)

*Correspondencia: carbonenc@yahoo.com.ar

Recibido: 16 nov. 2022 | 1ra decisión: 30 dic. 2022 | Aceptado: 30 dic. 2022 | Publicado: 18 may. 2023

Resumen

Este artículo apareció por primera vez en 1946 en la revista *American Journal of Psychiatry* con el título de “Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism”. En 1973 se publicó en *Childhood psychosis: initial studies and new insights* (pp. 45-50), editado por V.H. Winston & Sons Inc., en la ciudad de Washington D.C. La presente traducción al español corresponde a esta última fuente y estuvo a cargo de Nora Carbone y Gastón Piazzè. Los autores de la misma obtuvieron el permiso correspondiente de carácter no exclusivo para esta publicación electrónica por parte de John Wiley & Sons Inc. Copyright © 1973 V. H. Winston & Sons, inc. Todos los derechos reservados.

Palabras clave: autismo, Kanner, lenguaje.

Linguagem irrelevante e metafórico no autismo na primeira infância

Resumo: Este artigo apareceu pela primeira vez em 1946 no *American Journal of Psychiatry* sob o título “Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism”. Em 1973 foi publicado em *Childhood psychosis: initial studies and new insights* (pp. 45-50), editado por V. H. Winston & Sons Inc., na cidade de Washington, D. C. A presente tradução para o espanhol corresponde a esta última fonte e foi realizada por Nora Carbone e Gastón Piazzè. Os autores dela obtiveram a permissão não exclusiva correspondente para esta publicação eletrônica da John Wiley & Sons Inc. Copyright © 1973 V. H. Winston & Sons Inc. Todos os direitos reservados.

Palavras-chave: autismo, Kanner, linguagem.

Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism

Abstract: This article first appeared in 1946 in the *American Journal of Psychiatry* under the title “Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism”. In 1973 it was published in *Childhood psychosis: initial studies and new insights* (pp. 45-50), edited by V. H. Winston & Sons in the city of Washington D.C. The present translation into Spanish corresponds to the latter source and was carried out by Nora Carbone and Gastón Piazzè. They obtained the corresponding non-exclusive permission for this electronic publication from Wiley & Sons Inc. Copyright © 1973 by V. H. Winston & Sons, Inc. All rights reserved.

Keywords: autism, Kanner, invariability.

Durante los últimos años, he tenido ocasión de observar a 23 niños cuyo extremo aislamiento e incapacidad para establecer las relaciones usuales con las demás personas fueron advertidos desde el comienzo de su vida. He designado esta condición como “autismo infantil temprano”. Desde el punto de vista fenoménico, las características más sobresalientes son la soledad excesiva y un deseo ansiosamente obsesivo por preservar la invariabilidad de las cosas. A menudo, la memoria de estos niños es sorprendente. Su capacidad cognitiva, enmascarada frecuentemente por una sensibilidad limitada, corresponde, al menos, al término medio. La mayoría de los pacientes proviene de familias inteligentes, aunque de pensamiento literal y obsesivo.

Esta condición plantea problemas fascinantes y ofrece la oportunidad de estudiar la génesis psicodinámica de las relaciones paterno-filiales más tempranas y sus semejanzas con las esquizofrenias. Entre sus numerosos rasgos, las peculiaridades del lenguaje presentan una base importante y prometedora para la investigación. Me gustaría mencionar brevemente el “mutismo” de 8 de los 23 niños que, en raras ocasiones, es interrumpido por la pronunciación de toda una oración ante situaciones de emergencia; el uso de la simple negación verbal como una protección mágica contra incidentes desagradables; la literalidad, que no puede aceptar sinónimos u otras connotaciones para la misma preposición; la inaccesibilidad ensimismada, que ha llevado a la mayoría de los padres a sospechar sordera; la repetición de frases enteras de tipo ecolálico; y la típica, casi patognomónica, inversión pronominal consistente en que el niño habla de sí mismo en segunda persona y de aquel a quien se dirige en primera persona.

Con frecuencia estos niños dicen cosas que parecen no tener ninguna conexión significativa con las situaciones en las que se profieren aquellas frases. Tales dichos impresionan a quien los escucha como “absurdos”, “tontos”, “incoherentes” e “irrelevantes”. Estos son los términos utilizados al respecto por los padres, los médicos o los maestros del preescolar.

En varias oportunidades hemos tenido la suerte de localizar las fuentes más tempranas de estas expresiones “irrelevantes” y de aprender que, cuando este rastreo era posible, dichos comentarios, aunque peculiares y fuera de lugar en una conversación ordinaria, adquirirían un significado definido. Me gustaría ilustrarlo con unos pocos ejemplos característicos:

Paul G., mientras estuvo en observación en nuestra clínica a los 5 años de edad, fue oído diciendo: “No arrojes el perro por el balcón”. Allí no había perro ni balcón alguno. Por lo tanto, la observación sonaba irrelevante. Luego nos enteramos de que tres años antes él había arrojado un perro de juguete por el balcón en un hotel londinense en donde la familia estaba alojada. Su madre, cansada de recuperar una y otra vez el juguete, le había dicho con cierta irritación: “No arrojes el perro por el balcón”. Desde aquel día, cada vez que tenía ganas de arrojar algo, Paul usaba estas palabras para reprenderse e inhibirse a sí mismo.

“Peter eater”¹ era otra de las expresiones “absurdas”, “irrelevantes” de Paul. Parecía no tener relación alguna con sus experiencias del momento. Su madre refirió que, a la edad de 2 años, en una ocasión ella le recitó la rima infantil sobre “Peter, Peter, comedor de calabaza [Peter, Peter, pumpkin eater]” mientras estaba ocupada en la cocina. Justo en ese momento se le cayó una cacerola. Desde ese día Paul cantaba las

palabras “Peter eater” cada vez que veía algo que se asemejase a una cacerola. De hecho, en la sala de juegos de la clínica había un horno de juguete con una cacerola en miniatura. En aquel momento, se advirtió que, mientras pronunciaba estas palabras, Paul miraba en dirección al horno hasta que, finalmente, tomó la cacerolita, corriendo con ella como un salvaje mientras cantaba “Peter eater” una y otra vez.

John F. a los 5 años de edad, vio el *Diccionario Webster* en mi consultorio. Se dirigió a su padre y dijo: “Allí es donde tú dejas el dinero”. En este caso la conexión fue establecida por el hecho de que el padre de John tenía el hábito de dejarle dinero a su esposa en el ejemplar del diccionario que tenían en su casa. Al mostrársele una moneda de un centavo, John dijo: “Allí es donde se juega a los diez bolos” como una especie de definición de centavo. Su padre fue capaz de aportar la clave de esta expresión oscura. Él y John jugaban a los bolos, a una versión infantil. Cada vez que John derribaba un palo, su padre le daba un centavo.

Elaine C. pasó su infancia rodeada de animales de juguete, a los que era muy aficionada. Cuando lloraba, su madre solía decirle que el perro de juguete o el conejo de juguete no lloran. Al momento de ser evaluada a los 7 años de edad, cuando estaba asustada y al borde de las lágrimas, Elaine seguía diciendo: “los conejos no lloran”, “los perros no lloran”. Ella agregó muchos otros animales. Cuando se sentía mal, deambulaba reiterando estas palabras aparentemente irrelevantes: “las focas no lloran, los dinosaurios no lloran, los cangrejos no lloran”. Llegó a usar los nombres de estos y de otros animales en una gran variedad de conexiones.

Jay S., quien no alcanzaba los 4 años de edad, se refería a sí mismo como “Blum” cada vez que sus padres cuestionaban su sinceridad. El misterio de esta “irrelevancia” fue resuelto en una ocasión, cuando Jay, que podía leer con fluidez, señaló en el periódico el anuncio de una fábrica de muebles, que decía en grandes caracteres: “Blum dice la verdad”². En tanto Jay había dicho la verdad, él era Blum. Esta analogía entre él mismo como alguien que dice la verdad y Blum no difiere esencialmente de la designación de alguien mentiroso como Ananías³, de un amante como Romeo, o de un joven atractivo como un Adonis. Pero, mientras que estas designaciones son usadas con la expectativa de que el interlocutor esté familiarizado con la analogía, el niño autista tiene sus propias referencias privadas, originales, individualizadas, cuya semántica puede ser transferible solo en la medida en que cada interlocutor pueda, mediante sus propios esfuerzos, rastrear la fuente de la analogía.

En general, los ejemplos citados representan expresiones metafóricas que, en lugar de basarse en sustituciones aceptadas o aceptables tales como las encontradas en la poesía y en la fraseología conversacional, están enraizadas en experiencias concretas, específicas, personales de los niños que las usan. En tanto y en cuanto el oyente no tiene acceso a la fuente original, el sentido de la metáfora permanece oscuro para él, y la observación del niño no es “relevante” para ningún tipo de intercambio verbal u otros tipos de intercambio situacional. La falta de acceso a la fuente cierra el paso a toda comprensión, y entonces el oyente —para quien el comentario carece de sentido—, se desconcierta y asume con demasiada facilidad que no tiene ningún significado. Si la referencia metafórica a Ananías, Romeo o Adonis no es entendida, los diccionarios, las enciclopedias o las personas informadas pueden facilitar su comprensión. Pero las metáforas personales de los

niños autistas pueden transmitir “sentido” sólo a través del conocimiento del significado singular, exclusivo que aquellas tienen para ellos mismos. El único indicio puede ser provisto por la observación directa y el recuerdo del episodio que dio comienzo al uso de cada expresión metafórica particular.

Ocasionalmente, aunque no muy a menudo, un gesto o comentario casual del propio niño puede conducir a la comprensión de una metáfora. Esto fue lo que sucedió cuando Jay S. señaló el anuncio de los grandes almacenes Blum. También fue el caso de Anthony F., de 5 años de edad, que resolvió el acertijo de su afición por el “55”, frecuentemente expresada. En una oportunidad habló de sus dos abuelas. Supimos entonces que una de ellas mostraba poco interés en él mientras que la otra lo había criado con mucha paciencia y afecto. Anthony dijo: “Una tiene 64 (años de edad) y una, 55. Me gusta más el 55”. La preocupación, en apariencia irrelevante, por un número supuestamente arbitrario pudo ser reconocida a partir de ese momento como una inquietud muy cargada de sentido. Es la manera privada de Anthony de expresar afecto por su abuela.

Este fenómeno de sustitución metafórica es muy común entre nuestros niños autistas. Cuando a Donald T., a la sazón con 7 años de edad, se le planteó la pregunta del test de Binet “Si yo fuera a comprar 4 centavos de caramelos y le diera al almacenero 10 centavos, ¿cuántos centavos me devolvería?”, él obviamente conocía la respuesta. Sin embargo, su réplica no fue “6 centavos”, sino “Dibujaré un hexágono”. Dos años antes, a los 5 años de edad, Donald había estado garabateando con crayones mientras repetía con una expresión seria y con convicción: “Annette y Cecile dan morado”. Se supo que Donald tenía en la casa cinco frascos de témpera. Bautizó cada color con uno de los nombres de las quintillizas Dionne⁴. El azul devino “Annette”, el rojo “Cecile”. A partir de allí, “Annette” fue su palabra para designar el color azul y “Cecile”, para el rojo. El morado, al no ser uno de los cinco colores, fue conservado como tal, “morado”.

Lo que vuelve peculiares a estas sustituciones es principalmente su marco de referencia privado, original. Somos testigos de procesos similares en la introducción de marcas comerciales de perfumes, vinos, cigarrillos, pinturas y muchos otros productos. La etimología abunda en derivaciones similares. El uso compartido vuelve innecesario el conocimiento de la fuente para comprender su sentido. Un “úlster” es cierto tipo de abrigo, independientemente de que se lo pueda o no relacionar con el condado irlandés del cual toma su nombre. No se necesita saber que una serpiente es un reptil y que un dromedario es un animal que camina”. Que uno sepa o no que la palabra “filibustero” es una deformación de “el que se hace de botín libremente” carece de importancia.

El niño autista no depende de semejantes transferencias semánticas preestablecidas. Él hace las suyas a medida que avanza. De hecho, puede seguir transfiriendo y retransfiriendo según su deseo. Gary T., a los 5 años de edad, designó una panera como “panadería casera”. No se detuvo allí. Después de esto, *toda* cesta se volvió para él una “panadería casera”. Este fue su término para la cesta de carbón, para la cesta de basura y para el cesto de la costura. Dicho procedimiento también tiene sus contrapuntos etimológicos. El significado original de *caput*⁵ fue transferido desde el terreno de la anatomía a todo aquello que, de modo literal o figurado, se encuentre encima o “a la cabeza”, ya sea un “capitán”, la cabeza de un

grupo de personas; un “capitel”, remate que se coloca encima de una columna; o un “capítulo”, inscripción ubicada al comienzo de la sección de un libro. La transferencia incluso puede no concluir allí. En el caso de “capítulo”, el término no sólo se refiere actualmente al encabezamiento, sino que ha avanzado hasta designar toda la sección de un libro.

A partir de estas observaciones podemos arribar con seguridad a una serie de conclusiones significativas:

1. Las expresiones presuntamente irrelevantes y absurdas de nuestros niños autistas son expresiones metafóricas en el sentido de que ellas representan “figuras del habla por medio de las cuales una cosa es sustituida por otra a la que sólo se le parece”. La palabra griega *metapherein* significa “transferir”.
2. La transferencia de sentido es realizada de diferentes maneras:
 - a) Por medio de una analogía sustitutiva: la panera se vuelve “panadería casera”; Annette y Cecile se convierten en “rojo” y “azul”. Un centavo se transforma en “allí es donde se juega a los diez bolos”.
 - b) Por medio de una generalización: *totum pro parte*⁶, “panadería casera” se transforma en el término a ser empleado para designar *cualquier* cesto. “No arrojes el perro por el balcón” asume el sentido de una autorreprimenda en toda situación en la que el niño sienta la necesidad de amonestarse a sí mismo.
 - c) Por medio de una restricción: *pars pro toto*, la abuela de 55 años de edad se transforma en “55”. Alguien que dice la verdad se convierte en “Blum”; el número 6 es referido como “hexágono”.
3. El proceso lingüístico a través del cual las transferencias son llevadas a cabo no difiere esencialmente de las metáforas poéticas o de la fraseología común. Desde un punto de vista etimológico, gran parte de nuestro lenguaje está hecho de similares transferencias de sentido por medio de sustituciones, generalizaciones y restricciones.
4. La diferencia básica consiste en la privacidad autística y en la original unicidad de las transferencias, derivadas de las experiencias situacionales y emocionales de los niños. Solo cuando se logra establecer la conexión entre la experiencia y la expresión metafórica, el lenguaje del niño adquiere sentido. El objetivo de la transferencia es inteligible únicamente en términos de su fuente.
5. En contraste con la poesía y con la etimología, el lenguaje metafórico en el autismo infantil temprano no es directamente comunicable. No está destinado principalmente a convertirse en un medio de invitar a otras personas a entender y a compartir los símbolos del niño. Aunque indudablemente es algo creativo, la invención de este lenguaje metafórico es, en lo esencial, autosuficiente y autónoma.

“La anormalidad de la persona autista”, señalan Whitehorn y Zipf,

radica en ignorar al otro: esto es, reside en el desprecio por la obligación social de hacer sólo aquellos cambios que sean socialmente aceptables, en el

sentido de ser tanto comprensibles como útiles para el grupo. Naturalmente, una vez que la persona autista sigue con facilidad sus propios caminos lingüísticos y semánticos, el resultado bien puede parecer al oyente perplejo un trastorno del sentido, incluso un trastorno de las asociaciones. Sin embargo, el hablante autista, al hacer su propio lenguaje, sin molestarse por tener que satisfacer las necesidades del oyente, puede emplear los mismos principios de cambio lingüístico y semántico que utiliza la persona normal, aunque no con el mismo cuidado de asegurar la aceptación de la comunidad.

Las anteriores observaciones y conclusiones adquieren una importancia adicional en tanto aportan evidencias concretas que abogan por una hipótesis largamente sostenida. Según ésta, los mismos mecanismos de lenguaje metafórico “incoherente” e “irrelevante” prevalecen en adultos esquizofrénicos. En el caso de estos últimos, las conexiones y pertinencias anteriores y más tempranas se han perdido irremediamente, así como ha sucedido incluso con algunas de las expresiones de nuestros niños a tan temprana edad. Pero los ejemplos citados (así como el estudio de Whitehorn y Zipf) justifican la convicción de que la “irrelevancia” esquizofrénica no es tal para el propio paciente y puede volverse relevante para la audiencia en la medida en que sea posible hallar las claves de sus transferencias metafóricas privadas y autónomas.

Notas de los traductores

¹“Peter, Peter, pumpkin eater” es una rima infantil inglesa tradicional.

²“Blum dice la verdad” era el eslogan de una afamada tienda de grandes almacenes de Baltimore en aquella época.

³En el Antiguo Testamento, Ananías fue un profeta ilegítimo castigado por Jehová por anunciar falsamente la liberación del pueblo de Judea del yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia.

⁴Las hermanas Dionne, de origen canadiense, fueron las primeras quintillizas del mundo en sobrevivir a su infancia. Cada una tenía asignados un color y un símbolo para distinguir lo que era suyo: el color de Annette era el rojo y su símbolo, una hoja de arce; A Cecilia le correspondían el verde y un pavo, y así sucesivamente.

⁵En latín, *caput* significa “cabeza”.

⁶En latín *totum pro parte* significa “tomar el todo por una parte” y *pars pro toto*, “tomar la parte por el todo”. Para la retórica, ambas expresiones corresponden a formas de la sinécdoque: figura de pensamiento que consiste en designar una cosa con el nombre de otra con la que existe una relación de inclusión.

Referencias

- Kanner, L. (1943). Autistic disturbances of affective contact. *Nervous Child*, 2, 217-250.
- Kanner L. (1944). Early infantile autism. *The Journal of Pediatrics*, 25, 211-217. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/S0022-3476\(44\)80156-1](https://doi.org/10.1016/s0022-3476(44)80156-1)
- Whitehorn, J. C. y Zipf, G. K. (1943). Schizophrenic language. *Archives of Neurology & Psychiatry*, 49(6), 831-851. [HTTPS://DOI.ORG/10.1001/ARCHNEURPSYC.1943.02290180055006](https://doi.org/10.1001/ARCHNEURPSYC.1943.02290180055006)